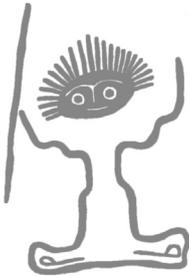


**Reseña bibliográfica/
Bibliographic Review**



Desencuentros y Encuentros en el Alto Orinoco: Incursiones en territorio Yanomami, siglos XVIII-XIX, de Hortensia Caballero Arias.

2014. Caracas: Ediciones IVIC. 199 p.

Javier Carrera Rubio

Recibido: 08/12/2017. Aceptado: 28/02/2018. Versión preliminar: 04/04/2018
Publicado en línea: 23 Junio 2019

Resumen. Revisión bibliográfica de *Desencuentros y Encuentros en el Alto Orinoco: Incursiones en territorio Yanomami, siglos XVIII-XIX*, de Hortensia Caballero Arias, 2014, Caracas, Ediciones IVIC. Este libro ofrece importantes datos sobre la historia del territorio yanomami y proporciona una nueva visión sobre las crónicas de los exploradores que incursionaron por el río Orinoco. Es una lectura muy recomendable tanto para los especialistas como para todos aquellos que quieran conocer la manera en que las crónicas de los viajeros construyeron una parte de la historia del Alto Orinoco y de sus pobladores, especialmente de los Yanomami.

Palabras clave. Yanomami, Alto Orinoco, crónicas, representaciones, evidencialidad, reseña bibliográfica.

Desencuentros y Encuentros en el Alto Orinoco: Incursiones en territorio Yanomami, siglos XVIII-XIX, by Hortensia Caballero Arias. 2014. Caracas: Ediciones IVIC. 199 p.

Abstract. Bibliographical review of *Desencuentros y Encuentros en el Alto Orinoco: Incursiones en territorio Yanomami, siglos XVIII-XIX*, by Hortensia Caballero Arias, 2014, Caracas, Ediciones IVIC. This book offers important information about the history of the Yanomami territory and provides new insights into the chronicles of the explorers who entered to the Orinoco River. It is a highly recommended reading for both specialists and all those who want to know the way in which the chronicles of the travelers built a part of the history of the Upper Orinoco and its peoples, especially the Yanomami.

Key Words. Yanomami, Upper Orinoco, chronicles, representations, evidentiality, bibliographic review.

La lectura del libro de Hortensia Caballero nos invita a un fascinante viaje de exploración alejándonos de los tintes colonialistas que dominaron durante tantos años las representaciones del Alto Orinoco y de los Yanomami. Esta exploración repasa exhaustivamente numerosos factores históricos y geográficos que han sido determinantes en el conjunto de representaciones coloniales y postcoloniales que sobre los indígenas yanomami se han construido desde mediados del siglo XVIII hasta finales del siglo XIX en Venezuela. El libro, muy bien escrito y de lectura muy amena, se puede leer como un verdadero viaje por el espacio y el tiempo, en el que la autora detalla con rigor y precisión la historia de los contactos

y cómo se le fue dando forma a un conjunto de ideas sobre los Yanomami que generaron el imaginario de un pueblo aguerrido, indómito e inaccesible. Conviene destacar, de entrada, la riqueza de los datos que la autora maneja en esta investigación, que incluye el estudio de las crónicas y las relaciones escritas de los viajeros, una minuciosa revisión de los documentos coloniales de varios archivos históricos, y las informaciones de otros trabajos publicados por historiadores y antropólogos enfocados a la reconstrucción etnohistórica del actual estado Amazonas. Y no hay que olvidar un hecho importante a la hora de valorar un trabajo como este: el conocimiento que la autora tiene tanto de la geografía e historia de ese territorio, y en particular del Alto Orinoco, como del propio pueblo yanomami, con quien lleva trabajando de manera continuada desde hace más de 30 años. Esta obra es un claro ejemplo de la fertilidad de una investigación que, combinando la historia y la antropología, nos acerca a un escenario del pasado desde el conocimiento y las experiencias etnográficas del presente.

Con un prólogo de Miguel Ángel Perera, gran conocedor de la historia y antropología del estado Amazonas, el libro presenta una introducción y cinco capítulos. El capítulo introductorio contextualiza el marco de la investigación sobre las representaciones coloniales y poscoloniales que los europeos fueron construyendo sobre los indígenas amerindios, destacando la importancia de examinar “cómo fueron representados y bajo qué circunstancias ocurrieron los primeros desencuentros y encuentros entre los colonizadores (europeos y criollos) y los yanomami” (p. 22). La noción de *desencuentro* juega un papel fundamental en el argumento que presenta Caballero, pues en muchas de las exploraciones que se hicieron para descubrir las fuentes del Orinoco nunca se logró llegar allí, y raras veces los viajeros se encontraron con los Yanomami. En los discursos coloniales se da “una tendencia a construir una visión conjetural, que infiere, imagina y especula sobre ese Otro indígena aun no contactado” (p. 24). Esta característica del discurso colonial hace que la autora introduzca de manera heurística la noción de *evidencialidad*, un concepto prestado de la lingüística, categoría gramatical que se refiere a la identificación de la fuente de información que es enunciada (por ejemplo, si la información que el hablante ofrece se vio, se escuchó, se infirió, etc.). En este caso, no se trata de identificar los marcadores gramaticales sino de explorar aspectos de la evidencialidad histórica, analizando las fuentes de información mencionadas en los diarios y relaciones históricas coloniales para entender mejor el origen y la naturaleza de dichas informaciones y el manejo que hacían de ellas los viajeros en sus narraciones. ¿Fueron los mismos exploradores los que vieron todo lo que contaban en sus relatos? Y, si lo que narraban en sus diarios fue escuchado de voz de otros indígenas, ¿quiénes fueron estos indígenas y cuáles los contextos de donde

provenían esas informaciones? Estas son algunas de las muchas preguntas que el libro de Caballero plantea tratando de acercarse a las narraciones de los exploradores con una mirada crítica.

El capítulo I ofrece una reseña de los Yanomami y cómo han sido descritos en la literatura antropológica contemporánea. Se presentan algunos datos etnográficos para ilustrar características culturales del presente que tienen relevancia para entender mejor las opiniones que se tenía de ellos en el pasado; a la hora de tratar de reconstruir las historias pasadas que nos presentan los viajeros en sus narraciones es siempre necesario presentar los contextos culturales presentes para la comparación. En el capítulo II se revisan algunos aspectos teóricos y conceptuales sobre las nociones de alteridad y se detalla cómo éstas han influenciado en las construcciones epistemológicas de los amerindios como personajes belicosos y salvajes dentro del contexto de la conquista de América. Deja evidente que las relaciones que se establecieron entre los colonizadores y los indígenas americanos estaban dominadas por una visión de superioridad por parte de los europeos, visión claramente etnocéntrica que servía de justificación ideológica para la conquista y la dominación de los pueblos indígenas, y que dominaría, como argumenta la autora, las representaciones coloniales que tuvieron los europeos al entrar en la región del Alto Orinoco.

El capítulo III trata sobre varias etapas de la conquista europea en la Guayana entre los siglos XVI y XVIII. En concreto, se presentan diferentes procesos en la colonización española a lo largo de todo el eje del río Orinoco, Bajo, Medio y Alto Orinoco. Es en esa geografía, con su diversidad en cuanto a poblaciones indígenas y a la procedencia y características de los agentes colonizadores, donde se van produciendo y reproduciendo nuevas representaciones y descripciones, sucesivos desencuentros y encuentros que influirán en las posteriores visiones que se generarían sobre los Yanomami. De esta manera se presentan las bases históricas y los contextos geográficos para entender mejor cómo se fueron generando imágenes distorsionadas de quiénes y cómo eran los Yanomami del Alto Orinoco. Esa secuencia se remonta al siglo XVI, al mito de El Dorado, que fue el principal objetivo de muchas de las exploraciones europeas tempranas al territorio Guayanés. Entre los primeros exploradores que buscaron ese mítico lugar destacaron Diego de Ordaz, Alonso de Herrera, Gonzalo Jiménez de Quijada, Antonio de Berrio y posteriormente su hijo Fernando, así como el famoso Sir Walter Raleigh, quien popularizó la leyenda de El Dorado en un libro que tuvo gran repercusión en la época y cuyos fantásticos y monstruosos personajes fueron posteriormente dibujados por el belga Theodore De Bry. Nos dice Caballero que todavía el siglo XVIII continúa la fiebre doradista con el Comandante General Centurión, quien fue gobernador de Guayana

durante diez años y emprendió con las últimas expediciones en busca de la ciudad de Manoa, y la famosa laguna Parime, donde se suponía que se encontraba un fabuloso tesoro. Las contradictorias representaciones que se fueron creando van complicando más y más una cartografía que no conduce a ningún lugar concreto donde encontrar ese sueño, y poco a poco se buscan otras fuentes de riquezas.

La conquista de riquezas que perseguían estos exploradores en la provincia de Guayana fue de la mano de la conquista de almas por los misioneros, especialmente importante durante el siglo XVIII. Los capuchinos catalanes se ubicaron en un área que abarcaba desde las bocas del Orinoco hasta la ciudad de Angostura, los franciscanos observantes desde Angostura hasta la boca del río Cuchivero, y los jesuitas se centraron en el área que se extiende desde este río hasta los raudales de Atures y Maipures, donde se encuentra Puerto Ayacucho, la actual capital del estado Amazonas. Más arriba de estos raudales, en un área que llega hasta el Río Negro, desarrollaron sus actividades los capuchinos andaluces. De esta época destacan los aportes al conocimiento de la geografía y de los pueblos indígenas que la habitaban que hicieron en sus crónicas los misioneros jesuitas Joseph Gumilla y Filippo Salvatore Gilij.

Para completar este complejo escenario colonial en la provincia de Guayana, la autora nos ofrece también informaciones sobre las relaciones políticas que se dieron entre las naciones imperiales. Por un lado, nos describe las relaciones y tratados entre España y Portugal; por otro las relaciones entre España e Inglaterra, Francia y, particularmente, Holanda. Las relaciones con Portugal tuvieron efectos directos en la expansión española por la región del Alto Orinoco. Pero, como señala Caballero, también fueron importantes las acciones de los holandeses, que incursionaban en la región desde las tierras altas Guayanesas, aliados con los indígenas caribes en busca de nuevas rutas comerciales y para capturar esclavos.

A mitad del siglo XVIII, se dio un conjunto de importantes expediciones a la región del Orinoco, enmarcadas en la Real Expedición de Límites. Llevada a cabo entre 1754 y 1761, en opinión de la autora las penetraciones asociadas a la expedición fueron las que generaron mayores impactos en la región del Alto Orinoco. Descrietas y analizadas en detalle, esas expediciones permitieron que se recorrieran por vez primera los territorios entre los ríos Casiquiare y el Río Negro, y a raíz de ese conocimiento se fundan pueblos y se establecen relaciones con diferentes pueblos indígenas locales, contexto en el que se generan las primeras referencias que se encuentran sobre los “indios guaribas”, como denominaban a los Yanomami.

A pesar de que la Expedición de Límites nunca lograría su principal objetivo de trazar los límites con los portugueses, durante las varias

expediciones que se realizaron se produjeron otros resultados que la autora describe y analiza en varias secciones del capítulo, entre otros, un mejor conocimiento de la geografía, de sus recursos y de sus habitantes, que atrajo la atención de las autoridades de ese tiempo y estimuló los planes para el control militar y la presencia española en la región. En su relación de personajes y sucesos Caballero relata cómo fue que, al mando de varios comisarios como José Iturriaga, Eugenio de Alvarado o José Solano y Bote, se realizan expediciones sucesivas y se fundan asentamientos y fuertes hispanos a lo largo del Orinoco. Considera especialmente decisivo el viaje del sargento Fernández de Bobadilla, quien remonta el Orinoco más arriba del Casiquiare, y llega a los ríos Padamo y Ocamo en busca de cacao silvestre, y el de Apolinar Diez de la Fuente, que continúa el reconocimiento de los cacahuales silvestres y logra llegar al hasta entonces desconocido “raudal de Guaharibos”, en su búsqueda del origen del río Orinoco. Es en estos viajes de la Expedición de Límites que se generan los primeros reportes sobre los “guaharibos”, otro etnónimo dado a los Yanomami. Según la autora, fue Apolinar Diez de la Fuente quien recogió estas informaciones tal y como le contó un indio Urumanavi que fue a la guerra contra ellos. Este testimonio representa la primera fuente documental que se encuentra sobre los indígenas yanomami en un documento colonial, esta vez denominados “guaribas”, describiéndolos como peligrosos guerreros a los cuales era mejor no acercarse. Como señala la autora, “la evidencialidad histórica de las fuentes orales referida a los testimonios de otros indígenas en torno a los indios “guaribas” o “guaharibas” estaría permeada por las tensiones y conflictos interétnicos durante esta etapa de finales del siglo XVIII” (p. 109). Una imagen mitificada de los Yanomami que los describe como peligrosos guerreros que impedirían acercarse a las fuentes del Orinoco, dominaría el imaginario de los exploradores posteriores hasta la mitad del siglo XX. En el capítulo IV la autora analiza los relatos de los principales viajeros y exploradores europeos y criollos que buscaron llegar a las nacientes del Orinoco durante el siglo XIX. Examinando estas narrativas, Caballero indaga en la manera como ha sido descrita la existencia de esos “guaharibas”, “guaribas” o “guaicas” (yanomami) e intenta identificar las fuentes de evidencialidad histórica de esa centuria que sustentaban o no esos relatos. Hacer esto, argumenta la autora, “permite no sólo reconocer propiamente las visiones y percepciones del explorador con relación a lo observado, sino también, diferenciar si el expedicionario reconocía o no las voces e identidades de aquellos quienes le sirvieron de informantes e intérpretes” (p. 114). Hace una deconstrucción de esas narrativas para exponer mejor la naturaleza de las fuentes de información, y ver hasta qué punto los exploradores reconocían el valor del conocimiento indígena y cómo lo describían en sus relatos.

El capítulo repasa el viaje de Alexander von Humboldt en el Orinoco, destacando sus observaciones sobre el sitio de La Esmeralda y las descripciones que este naturalista alemán hace del curso del río Orinoco hasta sus fuentes, a las que sin embargo nunca llegó. Al revisar detenidamente su relato, se analizan los testimonios que dieron origen al equívoco que condujo a este autor a decir que los indígenas “guaharibos” habían atacado la expedición de Fernández de Bobadilla, un hecho que sin embargo no consta en los relatos que hizo el explorador español de su expedición. Aun así, esta confusión es reproducida con posterioridad por otros exploradores, aumentando la fama de éstos como feroces y belicosos indígenas que impedían llegar al raudal que llevaba su nombre. La autora describe cómo Humboldt trata de distinguir en sus escritos lo que él mismo observó de lo que le fue contado por misioneros e indígenas, pero no siempre identifica quiénes eran sus informantes, lo que dificulta la tarea de precisar las fuentes de su información.

Luego Caballero se ocupa de testimonios históricos de tiempos republicanos, como el del coronel Agustín Codazzi, quien presenta una relación geográfica con referencias demográficas de las poblaciones indígenas y ofrece datos interesantes que demuestran la visión global que tenía del territorio. A pesar de que no llegó al raudal de Guaharibos, sus informaciones añaden datos nuevos a los ya aportados por Humboldt. Otro explorador que buscaba llegar a las fuentes del Orinoco fue el alemán Robert Hermann Schomburgk, que, a diferencia de otros exploradores, inicia su viaje desde las cercanías del monte Roraima, bastante al noreste del territorio yanomami, y atraviesa vertientes de varios ríos en Brasil para llegar al actual estado Amazonas de Venezuela. Su viaje le ofrece la oportunidad de conocer de primera mano las tensiones y los conflictos interétnicos que existían en la región, pues el miedo de sus acompañantes maionkongks (ye'kwana) a los ataques de los “kirischanas” o “schirianas” (presumiblemente yanomami) le hace abandonar su principal objetivo justo cuando se encontraba cerca, en su opinión, de las fuentes del Orinoco. Su viaje de regreso le lleva por el río Auaris, pasando por el alto Matacuni, hasta alcanzar el río Cuntinamo y de allí pasar al río Padamo, por donde descendió hasta el Orinoco llegando a La Esmeralda. Desde allí, baja al sur, por el brazo Casiquiare y llega a San Carlos, para cerrar su largo viaje en la Piedra del Cocuy. Aunque este explorador no tuvo contacto directo con los “kirischanas” (yanomami), las experiencias de su viaje, sumado a las informaciones que pudo recoger en La Esmeralda y en San Carlos, le ofrece una interesante y novedosa perspectiva en comparación con otros exploradores.

La autora continúa el análisis de los viajes en la búsqueda de las fuentes del Orinoco y describe la narración del botánico inglés Richard Spruce en 1853. Este naturalista victoriano, que realiza un largo viaje por

el Amazonas y los Andes desde 1849 hasta 1864, pretende seguir los pasos de Humboldt, Bonpland y Schomburgk en el Amazonas venezolano. A pesar de no pasar de La Esmeralda, logra informaciones sobre un ataque que, aparentemente, un contingente de criollos realizó contra los indígenas en el raudal de Guaharibos. En el Casiquiare habla con un criollo que le cuenta cómo en sus viajes por el Alto Orinoco había visto una vivienda de esos indígenas en el río Manaviche, donde habían capturado varios integrantes del grupo. También entrevista a un “guaharibo” que había sido capturado años atrás y con él consigue informaciones de primera mano de interés etnográfico. El capítulo sigue con otro destacado viajero, el diplomático y político venezolano Francisco Michelena y Rojas, quien explora el Alto Orinoco en 1837 en una misión oficial, y llega hasta la población de Santa Isabel del Mavaca, consiguiendo allí más informes valiosos sobre los “guaharibos”. Según expone Caballero, con el testimonio de Michelena y Rojas se plantea un interesante cambio en los discursos sobre los Yanomami: el viajero rebate las informaciones de Humboldt, Codazzi y Schomburgk, y critica seriamente varios aspectos del viaje de Humboldt, cuestionando la veracidad de sus afirmaciones. Los “guaharibos”, según sus informaciones, mantenían en ese tiempo relaciones pacíficas con otros indígenas de la zona, con lo cual ofrece al lector, por primera vez, una imagen alejada del mito de su supuesta belicosidad. Finalmente, Caballero se ocupa del naturalista francés Jean Chaffajnon, otro de los exploradores que llega al Alto Orinoco, en 1886, consiguiendo llegar más arriba del raudal de Guaharibos, alcanzando por primera vez el raudal de Peñascal. Este polémico explorador se inventa ciertos encuentros con los “guaharibos”, y perpetúa en su narrativa la asociación de los misteriosos y temibles indígenas con las no menos misteriosas fuentes del Orinoco.

Después, varios criollos relacionados con la explotación del caucho intentan sin éxito llegar a las fuentes del Orinoco a finales del siglo XIX, que culmina, por lo tanto, sin que las exploraciones hubieran logrado dar con la ubicación de las ansiadas nacientes de este río. Otros intentos se repitieron a principios del siglo XX, con las exploraciones de Thedor Koch-Grünberg, Hamilton Rice y Herbert Spencer Dickey, sin embargo, es sólo en 1951 cuando finalmente la expedición franco-venezolana comandada por el mayor Franz Rísquez Iribarren consigue llegar a las fuentes, tras más de tres meses de navegación, ampliando el conocimiento geográfico de la cuenca y abriendo una etapa de contactos más frecuentes y continuos con los Yanomami, dejando atrás varios siglos de especulación.

El libro termina en el capítulo V, donde la autora ofrece unas reflexiones finales. A lo largo de todo el libro, conducidos por Caballero, hemos podido aprender cómo durante siglo y medio los viajeros que intentaron remontar el Orinoco repetían una serie de informaciones sobre los

Yanomami sin realmente conocerlos, alimentando con sus narrativas un estereotipo negativo acerca de esta etnia. Según argumenta la autora, esa ausencia de datos por la falta de contactos directos entre los exploradores y los Yanomami hizo que la construcción de imágenes sobre el *Otro* indígena estuviera basada más en los desencuentros que en los encuentros. Algo que permite apreciar la ausencia de encuentros es la variedad de etnónimos externos, que se utilizaban para referirse a los Yanomami en las crónicas de los viajeros, los cuales variaban según las versiones de los exploradores, misioneros y otros indígenas estudiadas por Caballero. Sin embargo se mantenía como algo común ese conjunto de las imágenes que los describían como “los temibles guaicas y guaharibos que habitaban en las fuentes del Orinoco” (p. 177).

Este libro ofrece importantes datos sobre la historia del territorio yanomami y proporciona una nueva visión sobre las crónicas de los exploradores que incursionaron por el río Orinoco. Es una lectura muy recomendable tanto para los especialistas en la materia como para todos aquellos que quieran conocer cómo las crónicas de los viajeros de aquella época construyeron una parte de la historia del Alto Orinoco y de sus pobladores. Nos invita a indagar mucho más sobre la historia, o las historias, de esta fascinante región mediante trabajos que, sin duda alguna, necesitarían incluir las voces indígenas y su visión propia.

Javier Carrera Rubio

Research Associate

Department of Anthropology

National Museum of Natural History (NMNH)

Smithsonian Institution. carrerarubioj@si.edu
